



Bajo la luna de San José: Un viaje por la memoria enterrada de Granada

Hay noches en que la historia se despereza, abandona los libros y se echa a andar. Eso fue exactamente lo que ocurrió los pasados días 19 y 26 de septiembre de 2026, cuando la Asociación Sagrada Familia, con una respuesta masiva y cálida que desbordó cualquier expectativa en ambas convocatorias, decidió atreverse a cruzar el umbral del Cementerio de San José no para despedir, sino para escuchar.

En nombre de la Junta Directiva, y como vocal de cultura, tuve la inmensa suerte de daros la bienvenida a este viaje distinto. Muchas veces hemos subido esa colina con el corazón encogido a visitar a quienes amamos; sin embargo, esta vez el grupo se reunió para mirar con otros ojos: para entender el camposanto como un auténtico *escenario de experiencias*. Con la promesa de una travesía inolvidable, sellamos el pacto con una entrañable fotografía de grupo y dejamos que Agustín Gil, nuestro guía, sabio e intérprete del patrimonio, encendiera la mecha de la fascinación.

I. Entre sombras y cipreses: La historia bajo la colina de Las Barreras

Bajo el embrujo de la luna llena y el tintineo de nuestras linternas perfilando la silueta verde y erguida de los cipreses, la noche en Las Barreras —a 180 metros sobre la ciudad— comenzó a susurrar. Agustín nos llevó de la mano por el mapa invisible de Granada. Descubrimos a los íberos enterrando extramuros a dos tiros de arco; a los romanos y su ley del siglo V a.C. que prohibió a los muertos convivir bajo el mismo techo que los vivos; y la grandiosidad musulmana de *Yabal Bənī Mālik*, esa necrópolis de Elvira que acogió a medio millón de almas. Comprendimos también el cambio drástico tras la Conquista, cuando los cristianos «zambullían» a sus difuntos en los *trances* de las iglesias buscando la cercanía del altar, hasta que las epidemias y la visión ilustrada de Carlos III y Tomás de Morla empujaron la memoria a este balcón aireado donde hoy reposa la ciudad.





II. Panteones burgueses y la fe en el "Señor del Cementerio"

Al adentrarnos en el Patio Primero, saludados por la icónica verja de hierro traída del Convento del Carmen, el mármol empezó a contarnos vidas: la de las grandes fortunas como los Moreno Agrela, impulsores de la industria azucarera y del diario *El Ideal*. Pero la emoción se hizo verdad popular en el Patio Segundo, ante la tumba del doctor Manuel Rodríguez. Aquel médico bueno que atendía gratis a los más humildes terminó convirtiéndose, casi sin querer, en el "Señor del Cementerio". El pueblo volcó su fe en la escultura de mármol del Cristo despojado que vela su descanso, frotando su base con tanta devoción y milagros atribuidos que el propio tiempo —y el cristal protector— tuvieron que interceder para salvaguardarlo.

III. La atmósfera romántica, el ciprés y las memorias excluidas

El susurro del pasado se hizo poético en el Patio Romántico, rincón decimonónico donde descansó temporalmente el beato Fray Leopoldo de Alpandei. Allí, entre lecciones de etimología (*coimerium*, el dormitorio de los que esperan), Agustín nos regaló el secreto del ciprés: esa flecha verde que no destruye las tumbas vecinas con sus raíces y cuya copa apunta inequívocamente al cielo. Cruzamos relatos de exclusión y de amor rebelde —como el cementerio de Bausén en Lérida hecho para una sola mujer, o la "Tumba de las Manos" cruzando muros en los Países Bajos— hasta toparnos con la imponente Cruz de los Caídos, testigo de piedra de Sierra Elvira reubicado en silencio tras la noche de 1985.



Entonces ocurrió el milagro. Nos asomamos todos juntos al mirador. Con Sierra Nevada como telón de fondo, la ciudad de Granada brillando abajo como un mar de luciérnagas y el fantasma del antiguo Palacio de los Alixares de Mohamed V flotando en la memoria de la colina, la luna pareció detenerse. Fue un instante mágico, suspendido en el tiempo.



IV. Espacios de cenizas y la tragedia de Sierra Nevada

Avanzamos hacia los espacios donde el luto se vuelve naturaleza: el Mirador del Agua, el Bosque de las Cenizas y la Memoria de Granada. Pero el aire se volvió sobrio y conmovedor ante el monolito del accidente aéreo de 1964 en el pico del Goterón. El relato de los 80 ocupantes, los ataúdes descendidos en mulas hasta Trevélez y la eternidad de una madre que pidió descansar junto a su hijo nos encogió el alma.

Han sido dos noches simplemente inolvidables. Todo nuestro reconocimiento y gratitud a Agustín Gil, por su paciencia, su inmensa sabiduría y esa sensibilidad exquisita para traducirnos las piedras en emociones. Un gracias gigantesco a cada uno de los asistentes de ambos grupos: vuestra calidez, vuestros ojos atentos y vuestra compañía hicieron que esta experiencia fuera perfecta.

A la Junta Directiva, mi agradecimiento personal por el respaldo constante a cada propuesta cultural que ronda por mi cabeza. Seguimos y seguiremos trabajando día a día para traeros visitas originales y momentos únicos, porque el verdadero corazón de esta asociación sois vosotros, nuestros socios y amigos.



Estad muy atentos, porque la próxima experiencia ya está a la vuelta de la esquina y nos veremos muy pronto.

Un abrazo cariñoso

LA JUNTA DIRECTIVA

www.asociacionsagradafamilia.com